

Capítulo 20 - La nave despegue - La balada de un dragón semi-benevolente

- Capítulo 20 - La nave despegue - La balada de un dragón semi-benevolente

Capítulo 20 - La nave despegar - La balada de un dragón semi-benevolente

Doomwing observaba la nave del cielo. Había pasado una semana desde la última vez que la había visto, y los enanos habían trabajado arduamente. Su magia había unido las piezas, aunque el proceso había sido, en el mejor de los casos, difícil. Los enanos habían trabajado meticulosamente en las uniones, martillando, soldando y usando todo tipo de magia para asegurarse de que aquella nave celeste estuviera realmente íntegra. Los antiguos símbolos enano en el casco y por toda la nave habían sido restaurados. Ya no estaban los grabados desvaídos ni los símbolos desgastados por el tiempo. En su lugar, habían sido tallados de nuevo y rellenados con tinta fresca, hecha de materiales diseñados para conducir magia y contener hechizos. Las velas habían sido reemplazadas, y los mecanismos internos, minuciosamente reparados o reemplazados, mostraban una atención al detalle inigualable. Las piezas que él había entregado a los enanos estaban cuidadosamente ajustadas y colocadas en sus lugares correctos, y los andamios bullían de actividad mientras los enanos continuaban trabajando en la embarcación. Sin embargo, por más esfuerzo que habían puesto, la nave del cielo seguía en tierra firme. A pesar de lo avanzado que estaban, del cansancio que llenaba sus cuerpos y del inmenso trabajo realizado, la nave permanecía obstinadamente incapaz de despegar. "Veo que han fracasado," musitó Doomwing mientras el Príncipe Harald se acercaba para saludarle. "Gran Doomwing..." El príncipe se avergonzaba. "Hemos hecho todo lo posible, pero tienes razón. Fracasamos. Lo dimos todo, eso quiero que lo sepas, pero no fue suficiente. Nosotros... no somos dignos de esta nave." Doomwing lo miró fijamente. Por un momento, vio a los enanos de una época muy lejana, con ojos brillantes y defensas firmes, corazones y mentes dirigidos al cielo y al horizonte infinito. ¿Qué pensarían de este descendiente lejano de sus hermanos terrestres? ¿Alabarían sus esfuerzos o se burlarían de su fracaso? Sus labios se curvaron en una mueca. Sabía lo que harían, y ese conocimiento le permitió suavizar ligeramente su tono al responder. "Te asigné una tarea imposible, Harald. Nunca hubieras podido tener éxito." El enano levantó la vista hacia él. "¿De verdad?" Doomwing hizo un gesto hacia la nave del cielo. "El trabajo que tú y tus seguidores han realizado merece elogios. Los creadores de esta embarcación estarían orgullosos de lo que han logrado. Sin embargo, esta nave celeste nunca iba a despegar." "¿Por qué?" preguntó Harald. "¿Fue algo que hicimos nosotros?" "No." Doomwing negó con la cabeza. "Debes haberte aprendido cómo funciona la nave del cielo. Explícame tú." Harald asintió rápidamente. "Sí. La escritura enano en la casco reduce su peso. Las piedras mágicas dentro de la nave disminuyen o incluso anulan los efectos de la gravedad, mientras que las piedras mágicas en el exterior generan las fuerzas necesarias para levantar la nave y propulsarla. Las velas también pueden usarse para volar, pero requieren una corriente mágica potente para ser efectivas, y no la tenemos aquí." Harald mordió su labio. "Intentamos

activar las piedras mágicas, pero nunca pudimos mantenerlas activas más de uno o dos segundos." "Hay una razón para eso." Doomwing hizo un gesto, y una imagen apareció a su lado. "En esencia, las piedras mágicas cristalizan un hechizo en particular, permitiendo su uso cuando se pasa suficiente magia por ellas. El problema es que estas piedras, por su tamaño y potencia, necesitan una inversión significativa de energía mágica antes de estar listas para usarse. Sin esa energía, titubean y fallan al activarse. Sin embargo, una vez activas, su uso es mucho más sencillo." Los ojos de Harald se agrandaron. "¡No es de extrañar que los conductos mágicos que van desde el núcleo de la nave hasta las piedras sean tan gruesos! Necesitarían tener ese grosor para soportar la enorme cantidad de poder que se requiere para activarlas." "Exactamente," afirmó Doomwing. "El núcleo de la nave es un cristal diseñado para almacenar vastas cantidades de energía mágica. Seguramente habrás notado que los controles permiten liberar tanto magia de forma constante, en menor cantidad, como de golpe, en grandes cantidades. La primera opción es para cuando la nave ya está en vuelo, y la segunda para activar las piedras mágicas para el despegue. Pero, en realidad, era costumbre mantener las piedras activas siempre que fuera posible, para reducir el desgaste del cristal." Harald pasó la mano por su barba. "Si logramos instalar un equipo para recoger energía mágica del entorno, podríamos acumular suficiente para activar las piedras en quizás un mes..." "¿Y por qué esperar un mes?" Doomwing rió suavemente. "No has logrado, pero has avanzado mucho más de lo que yo esperaba. Pensé que volvería y encontraría una nave a medio hacer, y aún así habría quedado satisfecho. Ver hasta dónde han llegado... Solo puedo elogiar su esfuerzo y destreza. No quiero esperar un mes. Yo cargaré el cristal yo mismo." "¡Oh!" Harald se inclinó con humildad. "¡Gracias, gran Doomwing!" "No hace falta que digas gracias." El dragón esbozó una leve sonrisa. "Ha pasado demasiado tiempo desde la última nave cruzando las nubes." Doomwing extendió su magia hacia el cristal en el corazón de la nave. Debía ser cauteloso. Sus reservas de poder eran tan enormes que sería muy fácil sobrecargar el cristal y que explotara. Por suerte, su control era igualmente magistral, y relleno el cristal con su magia hasta que estuvo lleno. "Ve," le dijo Doomwing a Harald. "El cristal está preparado. Tú y tus seguidores habéis sido los que repararon la nave. Debéis ser los primeros en llevarla al cielo."

Harald corría por la nave del cielo hasta alcanzar el puente. Sus seguidores más leales estaban allí a su lado, y los mejores de sus artificieros e ingenieros aguardaban en las zonas más importantes de la embarcación. La escritura en enano que permitía la comunicación entre el puente y las diferentes áreas brilló, y Harald se aclaró la garganta antes de hablar. "Extraigan energía del núcleo", ordenó. "Activen las piedras mágicas que puedan liberarnos de la gravedad." El corazón de cristal de la nave brilló, y la magia empezó a fluir hacia las piedras mágicas distribuidas por toda la embarcación. Estas comenzaron a emitir un suave zumbido, sus superficies opacas adquiriendo lentamente brillo y esplendor mientras la magia las impregnaba. Los hechizos cristallizados en su interior destellaban como estrellas, y el zumbido se intensificaba, dejando de ser discordante para convertirse en una melodía armoniosa. "Sigán suministrando magia a esas piedras", insistió Harald. "Si no me engaño, tienen mecanismos de seguridad que cortarán la energía antes de que se sobrecarguen. Doomwing dijo que necesitaríamos bastante magia para activarlas, y amablemente nos proporcionó suficiente. No seamos tacaños." El sonido de las piedras mágicas se convirtió en un coro que llenaba toda la nave. Echoaba por los pasillos, resonaba en la cubierta, y se filtraba hasta el puente. Era hermoso, y Harald podría haberlo escuchado infinitamente. Pero eso ahora cambiaba, transformándose de un suave murmullo en un estruendo que le recordaba cada vez más a los poderosos artefactos que su pueblo utilizaba para abrir las montañas y cosechar la riqueza de la tierra. La luz pulsante de las piedras mágicas se

estabilizó en un resplandor constante, y Harald sintió que la nave temblaba bajo sus pies antes de que la magia en su interior empezara a cobrar verdadera fuerza. La nave se sacudió en sus amarras, dejando de presionar sobre los andamios y ahora libre para moverse en el viento. Él y los otros enanos se miraron maravillados, y Harald observó a través del inmenso cristal encantado que le permitía contemplar el cielo abierto. La nave oscilaba de un lado a otro, balanceándose como un barco en el agua. "Padre..." Su hijo, Leif, apenas podía hablar, pero logró forzar las palabras. "¡Estamos... estamos volando!" "Aún no, hijo", sonrió Harald. "Estamos flotando. Si queremos volar, tendremos que poner en marcha las otras piedras mágicas." Se aclaró la garganta y dirigió sus palabras a la escritura enano que transmitiría sus órdenes a los enanos encargados del núcleo. "Envíen energía a las piedras mágicas para el vuelo." Luego habló a los enanos responsables de esas piedras. "Elevémonos, muchachos, pero con calma." "¿Y las amarras?", preguntó su hijo. "Que las corten," respondió Harald. "No permitiré que nada nos sujete, no ahora."

Doomwing sintió que una oleada de nostalgia lo invadía al ver que la Guardia Valiente emprendía vuelo por primera vez desde el fin de la Tercera Era. No era hermoso, ni en manos de quienes nunca habían volado antes. Era torpe, lento y poco atractivo, pero volaba, y eso era suficiente para hacer que su corazón se elevará. ¿Realmente había extrañado tanto la vista de una nave aérea en el cielo? No. Eso no era. Lo que había extrañado era lo que las naves del cielo de la Tercera Era simbolizaban. Había volado solo muchas veces, pues esa era la forma de los dragones. Vivían con sus padres cuando aún eran jóvenes, pero partían en cuanto podían, ansiosos por explorar el mundo y fortalecer su Espíritu. Era una vida solitaria, pero hacía a los dragones fuertes. Un dragón debe ser capaz de enfrentarse solo al mundo, o eso le habían enseñado. Sin embargo, también se puede hallar gozo en la compañía. Había pasado muchos años surcando los cielos junto a esas naves, y había llegado a sentir cariño por los enanos, los elfos y las dríadas que amaban el cielo tanto como él. Correr solo por el firmamento era algo precioso, pues no había nada que hiciera más feliz a un dragón que saber que todo lo que miraba era suyas. Pero la emoción de la caza era muchas veces mejor cuando se compartía, y había pasado varias noches con los elfos y enanos de esa Edad pasada, intercambiando historias, hablando de magia o incluso jugando a las cartas. Esos recuerdos nunca se desvanecieron, ni después de tantos años, y ahora volvía a ellos, emergiendo como un destello en su mente al contemplar aquella reliquia de la Tercera Era alzarse en vuelo. Sin duda, era un sentimental. Casi podía escuchar la risa de Ragnar dirigida a él con ese tono amistoso que siempre tenía. El enano habría querido ver esto, y seguramente habría alabado con entusiasmo a los enanos por sus logros, antes de entrar en la sala del puente a explicar cómo lo estaban haciendo todo mal. Sí, su amigo había tomado en serio el vuelo, y había aprendido a extraer cada pizca de velocidad y maniobrabilidad de una nave aérea, aunque su verdadero amor siempre había sido la batalla. Muchas veces Ragnar estuvo en el puente de una nave, gritando órdenes mientras competía con Doomwing. Jamás ganó. Ninguna nave pudo igualar a un dragón en plena carrera, pero era la competencia lo que más importaba, la emoción de medirse contra los mejores. Doomwing lo había complacido, y quizás había reducido su velocidad unas cuantas veces, solo para dar un vistazo de victoria a Ragnar antes de alejarse a toda velocidad. —El núcleo tiene suficiente energía para volar una semana sin recargar— dijo Doomwing. —Usen los próximos dos días para familiarizarse con el funcionamiento de la nave y preparar sus pertenencias. Partiremos cuando tenga la certeza de que podrán manejar esa cosa sin estrellarse contra la primera montaña que encontremos. —¿Y si nos quedamos sin magia?— preguntó Harald, su voz proyectada en el aire mediante altavoces de cristal tallado con caracteres enanos. —Les suministrarás más si es necesario, pero no debería ser preciso. Viajaremos por varias corrientes de magia poderosas que

fluyen en el cielo. Tendrán oportunidad de practicar usando las velas y de reabastecer la reserva del núcleo. Doomwing rió suavemente. —Y si hace falta, siempre puedo usar mi poder para llevarlos de regreso—. Después de todo, ya llevaba a algunas criaturas arbóreas con él. Para su sorpresa, a las criaturas de los árboles no les había molestado volar. Al contrario, parecía divertirse, y los veía atento al cielo, siguiendo la nave con interés. —Bueno— murmuró Doomwing—. Estabas sirviendo a Rhizophora. Ella siempre ha sido un poco extraña. No nos sorprende que ustedes también sean un poco raros—. Las criaturas arbóreas solo lo miraron de vuelta, como si le dieran un encogimiento de hombros.

Lydia parpadeó. "¿De verdad lograron reparar una nave celestial y ponerla en el aire sin matarse en el intento?" Doomwing sonrió con dientes afilados. "Les di algo de ayuda, pero la mayor parte del trabajo difícil la hicieron ellos." Asintió hacia la hada seca. "Te ves mejor." "Me siento mejor." La hada seca sonrió con una mueca. "Desde que te encargaste de aquella ballena celeste, puedo captar tanta magia del entorno como necesito." Señaló a algunos habitantes de los árboles que se habían reunido. "Estos son los seres arbóreos que satisfacen tus necesidades. También tienen las plantas que querías. Deberían estar bien hasta que regreses con esa hada seca tuya." "Excelente." "Por cierto," dijo Lydia. "¿Acabaste con los lobos?" "Estaban en medio del camino," respondió Doomwing. "Uno de ellos incluso intentó comerse el huevo de la fenix." El huevo en sí estaba oculto y protegido por múltiples runas. No quería que nadie más robara su premio, aunque no pensaba que encontrara a alguien con la fuerza suficiente para quitárselo. Sin embargo, prefería evitar que se dañara en una pelea. "¿Por qué preguntas? No me digas que quieres que los spared." "No me importa mucho qué pasó con ellos," dijo Lydia. "Pero, al parecer, los goblins y centauros se enteraron. Han estado celebrando desde hace días, y con la carne y las partes de la ballena celestial que les dejaste, esas celebraciones han sido bastante ruidosas." "¿Alguno de ellos ha logrado ascender?" preguntó Doomwing. Si lo habían conseguido, eso solo los hacía más interesantes. "¿O se mataron en el intento?" Dejar esas partes a los goblins y centauros era tanto un regalo como una prueba. Una persona tonta devoraría con avidez todo lo que pudiera y probablemente se mataría en el proceso. Una persona más sabia consumiría con cautela lo que fuera seguro, construyendo su fuerza poco a poco hasta que pudiera ascender. "Un puñado," dijo Lydia. "Derzu fue uno de ellos." Doomwing recordó al goblin sabio. "Eso no me sorprende. ¿Qué forma tomó su ascensión?" "No sé exactamente el nombre, pero parece que desarrolló habilidades aptas para liderar y comandar grupos que van desde los recolectores hasta los guerreros." "Hmm..." Doomwing se rió entre dientes. "Entiendo. Eso le viene bien, creo. Deberías vigilarlo de cerca. Con sus nuevas habilidades, los goblins y centauros serán mucho más eficaces. No me extrañaría que intentaran establecer una colonia permanente también. Si su ascensión tomó la forma que creo, será más efectivo si puede quedarse en un lugar y comandar a la mayor cantidad de personas posible." "Vigilaré," dijo Lydia. "¿Crees que intentarán formar su propia nación?" "No me sorprendería." "Podría ser una buena oportunidad para mí," murmuró Lydia. "Necesitarán aliados, y con su ayuda, podría expandir mucho mi alcance. Sin mencionar, que un asentamiento permanente significará cosechas..." Se estremeció. "¿Qué harás ahora?" Doomwing hizo crujir sus alas. "Continuaré mi viaje de regreso a casa. No quiero perder tiempo." Miró hacia la nave celestial. Los enanos habían hecho un buen trabajo mejorando, pero de vez en cuando cometían errores que era necesario corregir. Ahora era una ocasión así. La nave celestial se inclinaba hacia un lado, y sus agudos sentidos percibían el pánico que se extendía por la embarcación. "Los conductos mágicos de algunos de los piedras de vuelo necesitan reparación. Están transmitiendo magia de manera deficiente, lo que significa que se gasta más poder en levantar un lado de la nave que el otro." "Ah." Lydia hizo una mueca. "Creo que me quedaré en tierra. Es más sencillo así."